

Córdoba, ciudad ecuménica

por Fernando Valderrama Martínez

Córdoba ha sido, por segunda vez en tres años, sede el Encuentro Islamo-Cristiano del que damos cuenta ampliamente en otras páginas de este mismo número.

Es ésta una ocasión para que nuestra Revista, atenta a la difusión al exterior de los aspectos de la cultura española, en cumplimiento de uno de sus fines, dedique unas páginas a esta bella ciudad de Andalucía, villa de saber universal gracias a la fusión —más que al cruce— de pueblos y culturas, que en ella se han venido sucediendo. Esta fusión se manifiesta desde la prehistoria, que ha dejado una gran riqueza arqueológica de las épocas del bronce y del hierro. Fue entonces Córdoba, según testimonio de los primeros historiadores, la capital política del Sur de España, lugar de encuentro y reunión de jefes de tribu o de grandes familias.

Su nombre entra en la historia con motivo de la II.^a Guerra Pú-

nica, cuando un grupo de “cordobeses” formó parte de las tropas de Aníbal en su expedición a Roma.

Córdoba fue sometida por la conquista romana en el año 152 a.J.C., y con el nombre de Colonia Patricia, se constituyó en capital de la provincia de Hispania Ulterior, alternando este rango con Hispalis (Sevilla) e Itálica. En ella nacieron los Séneca y Lucano.

Marco Anneo Séneca (54 a J — 39 d. J.), el gran retórico, autor de las “Suasorias” y las “Controversias” y su hijo Lucio Anneo Séneca (4-65), el notable filósofo y escritor, que fue preceptor y hombre de gobierno de Nerón que lo condenó a muerte. Recordamos algunas de sus obras, de fuerte influencia en el Renacimiento: “Cuestiones Naturales”, “De la ira”, “Epístolas a Lucilio”, “De la vida bienaventurada” y sus tragedias “Medea”, “Fedra”, “Agamenón”,

“Trieste” y “Octavia”, entre otras.

Sobrino de Séneca y también condenado a muerte por Nerón, Marco Anneo Lucano (39-65), es el autor de “La Farsalia”, poema épico sobre la guerra civil entre César y Pompeyo.

Durante la época romana, poetas cordobeses son oídos en Roma y durante ella también, en el Siglo IV, un Obispo de Córdoba, Osio, desempeñó un brillante papel en el Concilio de Nicea.

Conquistada por Leovigildo en 571, Córdoba pasa al dominio visigodo durante el cual su importancia disminuye. Digamos, sin embargo, que allí nacen Rodrigo, el último rey visigodo, y Pelayo, el primer caudillo de la Reconquista, símbolos uno y otro del final y del principio de dos períodos sucesivos de nuestra historia.

En el año 711 fue tomada por los árabes, que habían desembarcado en la Península Ibérica procedentes de Africa, y ocho años más tarde se estableció en ella la sede del gobierno.

Con la llegada del príncipe omeya que reinó con el nombre de Abderrahmán I y fundó la dinastía que se independizó de los abbasíes de Bagdad, Córdoba inicia su época de mayor esplendor, en la que destacan monarcas como Hicham I, Abderrahmán II, Muhammad I, Abderrahmán III (el primero que usó el título de Califa), Alhakam II y Hicham II. Durante el reinado de Abderrahmán I se inician las obras para la construcción de la Gran Mezquita (hoy Catedral), una de las joyas del arte árabe universal, que continuaron en tiempo de sus sucesores, hasta Hicham II, que procuró al edificio su última extensión.

El Siglo X marca el cénit del esplendor de esta ciudad, que

llegó a alcanzar el millón de habitantes siendo, por tanto, una de las ciudades más pobladas del mundo de la época. En la arquitectura, entre otras obras de menor relieve y además de la Gran Mezquita, hay que destacar el palacio de Madina Zahra, mandado construir por Abderrahmán III en honor de su amada Zahra (Flor). Este palacio se encuentra ahora en reconstrucción.

La lista de nombres ilustres de estos siglos sería muy larga si quisiéramos darla completa. Bastan algunos, escogidos entre las diversas manifestaciones de la filosofía, ciencia, la literatura y la historia.

Ibn Masarra (883-931), considerado como uno de los grandes pensadores del Islam español, que vivió en una ermita de la Sierra entregado a su labor filosófica y teológica basada en las doctrinas del falso Empédocles, procedentes de Filón, Plotinio, Porfirio y Proclo.

Ibn Hazm (994-1063), eminente polígrafo, una de las figuras más ilustres de las letras árabes, hijo de un ministro de Almanzor. Se ocupó de filosofía, derecho, teología, historia y literatura y fundó escuela. Con su “Historia de las religiones” se adelantó en varios siglos a la Europa cristiana. Otras dos obras eminentes de Ibn Hazm son “Los caracteres y las conductas” y “El collar de la paloma”.

En el campo de la historia, citaremos a Ibn Hayán (987-1070), hijo de Jalaf, secretario de Almanzor, entre cuyas numerosas obras destaca “Al-Muqtabis”, en diez volúmenes, sobre la historia de España desde la conquista árabe. Asimismo, a la dinastía Arrazí, autor el segundo de una descripción de España o Crónica en tres partes. Del tercero no se conservan su “Historia de España” ni

su obra sobre los califas españoles.

Figura cumbre de estos siglos fue el filósofo Ibn Ruchad (Averroes) (1176-1198), en cuya abundante producción hay obras filosóficas, teológicas, jurídicas, astronómicas y de medicina. Es difícil establecer un orden en la importancia de sus trabajos, pero puede citarse en primer lugar los "Comentarios a las obras de Aristóteles". La influencia de sus pensamientos en Europa ha sido muy grande, especialmente en la escolástica cristiana.

El médico más notable del Siglo X fue Abulqásem Jalaf, de Madina Zahra, reputado cirujano, autor de la enciclopedia médica "Tasrif", traducida al castellano por Gerardo de Cremona y al hebreo por Sem Tob.

El más insigne de los astrónomos árabes fue Azarquiel (1061-1080), que vivió en Toledo.

Córdoba ha sido patria de numerosos poetas árabes. Sólo citaremos al llamado "el Título andaluz", Ibn Zaydún (1003-1070), poeta de corte y embajador, autor, entre numerosos poemas, de la famosa "qasida en nun", en honor de su amada Valada, hija del califa Muhammad II.

Entre los judíos, podríamos citar una larga lista de nombres ilustres. Bástenos con tres:

Ibn Sádiq, rabino del Siglo XII, que conocía bien las obras de Platón y Aristóteles; Hasday Ibn Chaprut, médico de Abderrahmán III, notable iniciador en Córdoba del renacimiento talmudista; y, sobre todo, el gran Maimónides (1135-1204), el príncipe de los pensadores hispano-judíos, que escribió en árabe gran parte de su obra "Carta sobre la apostasía", "Libro de las Leyes", "Guía de los descarriados", auténtica suma

teológico-filosófica del judaísmo, traducida al castellano por Pedro de Toledo en el Siglo XIV.

El espacio de un artículo no me permite entrar en el campo de la música con Ziriab (cordobés de adopción) y las artes menores.

No faltó en esta época la escuela de latinidad fundada por San Eulogio, cuya influencia llegó a la reconquista.

A partir del Siglo XIII, después de la conquista de la ciudad por el Rey Fernando III, se abre una nueva era en la historia de Córdoba, que no cesa de ser escenario de grandes hechos y cuna de notables artistas.

Allí se entrevistó Colón con los Reyes Católicos para exponerles el gran proyecto que culminó con el descubrimiento de América, continente en el que dieciocho ciudades tienen hoy el nombre de Córdoba; allí residieron el abuelo y el padre de Cervantes; allí nació Gonzalo Fernández, el que llevó el sobrenombre de "el Gran Capitán".

La escuela cordobesa de pintura ha dado nombres ilustres desde Bartolomé Bermejo, hasta nuestros días, con Pablo de Céspedes y Romero de Torres, marcando dos épocas.

Juan de Mena, Juan Rufo, Luis de Góngora y Angel Saavedra, duque de Rivas, en la poesía; Ambrosio de Morales, cronista de Felipe II, en la historia; Juan Valera en la novela y otros géneros literarios, por no citar más que unos pocos personajes, han dado lustre al nombre de su ciudad natal.

Monumentos como las murallas, el puente romano, la Calahorra, la torre de la Malmuerta, la Mezquita, Madina Zahra, el Alcázar de los Reyes Cristianos, los baños árabes, la Sinagoga y las iglesias de los Siglos XIII y XIV, dan testimonio

del paso y del enlace de pueblos y civilizaciones, que se han enfrentado y han trabajado juntos. El lema de la ciudad es muy veraz cuando dice:

“Casa de guerrera gente
y de sabiduría ilustre fuente”

Séneca, el pagano; Osio, el cristiano, Averroes, el musulmán y Maimónides, el judío, son los sím-

bolos de esta fecunda unión de culturas, los cuatro pilares de esta gran ciudad, que ha ofrecido al mundo actual un espectáculo de tolerancia, de inquietud y de estudio. El mismo Toynbee la llama “ciudad de valoración ecuménica”.

¿Dónde mejor, pues, podría haber tenido lugar este Encuentro Islamo-Cristiano?